

Herralde, Jorge, *Opiniones molicanas*, México, Aldus, 2000.

Reseña elaborada por:
HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Reseña

Cuando un libro reposa en nuestras manos lo que de manera primera registra nuestra vista es el nombre del autor y el título de la obra, o viceversa. Después la mirada se adentra en los meandros del texto sea de manera superficial o profunda, para con ello darse una idea de su contenido. Y, por último, como actitud opcional, se aprecia su manufactura material, su calidad como objeto físico que contiene destellos del espíritu humano. En todo ese recorrido a través del libro su poseedor, el lector, nunca o en muy raras ocasiones se plantea cómo es que se lleva a cabo la producción del libro y sobre todo quiénes son los que lo realizan. Y de entre aquellos que su pone que lo realizan, menos se pregunta sobre el cerebro coordinador de todo el proceso que concluye con el libro que tienen entre las manos. Ese centro coordinador es el editor.

La labor del editor en muy pocas situaciones deja ver su completa presencia, sólo se tienen atisbos de él cuando se presta atención a detalles colaterales a los libros que produce, como la orientación de la editorial o el catálogo de autores que publica y de todo ello se deduce su proyecto como editor. Y del aspecto físico de los libros se deduce su concepción del soporte material que puede alcanzar altas cotas artísticas o meramente vulgarizadas mercantiles. El otro caso en que el editor se “deja ver” es cuando a su vez se convierte en escritor, pasando así a transfigurarse en uno de los objetos que él produce: el libro. Y esa presencia se torna mayormente tangible si en el libro escrito plasma su actividad, sentir, visión e incluso sus problemas y temores de editor. Tal es el caso de este libro de Jorge Herralde, que, para mayor señas, es el editor de Anagrama.

Jorge Herralde es el fundador de la que posiblemente (o sin el posiblemente) sea la más importante editorial española en este momento. Y no sólo de las llamadas editoriales independientes sino del conjunto de todas las editoriales hispanas. Y esto lo consiguió Herralde a lo largo de décadas desde finales de los años sesenta, más exactamente en 1969, cuando fundó su editorial. Pero a lo largo de ese tiempo este editor desplegó su versátil actividad, que anhelaba una clara visión de lo que debía ser una editorial de vanguardia y calidad, para lo cual tuvo el tino de formar el equipo apropiado que le ha permitido con solidar su proyecto editorial, como lo de nota su orientación cultural, el catálogo de autores que no pierde vigor en su constante expansión y las distintas colecciones que publica. Y todo ello entregado en cuidadosos y merados libros que el lector disfruta teniéndolos entre las manos.

De todo ello nos habla Jorge Herralde en éstas sus *Opiniones mobicanas*. Libro en el que a la manera de un poliedro nos muestra las distintas caras del editor y su versátil actividad editora. Libro que además nos exhibe el escorzo humano del editor, cosa que en libros escritos por otros editores suele ser púdicamente soslayada. Hay que agradecerle esto a Herralde porque con ello nos deja entrever el carácter vivencial cotidiano que conlleva la producción de libros y que deja de costado la tendencia trágica que vienen siguiendo los libros escritos por editores de editoriales independientes, que a últimas fechas han proliferado ante el embate que su freno por la marea del capitalismo salvaje, cuya lógica deshumanizadora y brutalmente mercantil afecta al sector editorial de manera profunda y criminal.

Aunque el título del libro *Opiniones mobicanas* podría hacer pensar que es un libro pesimista respecto al destino de la edición independiente, pues to que, alude a la novela *El último mobicano* que se refiere simbólicamente a la esperanza final, al no hay más después; el libro de Herralde es en realidad optimista sobre el futuro de las editoriales independientes. En las cuales palpita la esperanza de que sí hay un después que puede conjurar la oscuridad cultural que acompaña al proyecto mercantil de los grandes grupos monopólicos editoriales.

El optimismo de Herralde, como lo deja entrever cada uno de los pequeños textos de que se compone su libro, nace de la vida cotidiana y no de la visión esotérica que se forman los empresarios que dirigen las grandes editoriales comerciales tenazmente especializadas en el brumoso género del *best seller*, estadística que tiene como trasfondo una concepción despersonalizada del autor como máquina productora de textos rentables y del lector como *homo economicus*, un ente acrítico consumidor de cualquier chatarra textual. Herralde por el contrario nos muestra que su vivencia cotidiana como editor está signada por su amistad con los autores y con los demás editores, así como por una sensible comprensión de las necesidades reales de los lectores, necesidades que a la vez de benévolas son estimuladas con textos de auténtica calidad editorial. Y para él esto no es ilusionismo utópico sino un hecho comprobado, como él lo puede garantizar en vista del éxito de su propia empresa editorial.

Aunque *Opiniones mobicanas* aparecen ser un libro misceláneo de textos levemente extensos y hasta microscópicos y de temáticas diversas (además el propio autor no oculta que fueron algunas de ellas escritas por encargo o para ser expuestas en eventos sociales), guardan una coherente conjunción nacida del ser y hacer editorial de Herralde. Textos que, palabras aparte, tienen la cortesía de la claridad (análoga a la claridad de su proyecto editorial) y que a cada paso revelan la entrega y el amor a la vocación de editor.

En la primera sección Herralde hace una semblanza biográfica de su editorial evidenciando los sueños e ilusiones que diecionan a *Anagrama*. Ges ta de una editorial no exenta de claroscuros, pero en la que que da de manifiesto todo el tiempo el afán de crear una editorial independiente con un proyecto cultural alternativo frente al continuismo, el conformismo y la opacidad editorial del franquismo. Editorial que además ha demostrado su capacidad de flexibilidad y comprensión de los

cambios que cada época acarrea para seguir ofreciendo una producción alternativa y vanguardista, lo que ha garantizado no sólo su sobrevivencia sino también su permanente crecimiento. Y todo ello debido precisamente a las capacidades y visión de su fundador.

En la segunda sección se presenta el *tour de force* de la amistad del editor con los autores desde la más inmediata e íntima convivencia. Pero sobre todo queda en evidencia esa sutil urdimbre de libros y palabras con que se tejen las relaciones de aquellos que viven en el universo textual.

La tercera sección es un sentido ejercicio de admiración para aquellos editores que son hermanos espirituales de Herralde, editores que pertenecen a la heroica cofradía de los editores independientes, quienes pudieran ser los últimos mohicanos de la edición cultural y crítica. Figuras clásicas de regio perfil civilizatorio y que hacen frente a esas difusas y ambiguas figuras de los empresarios metidos a editores, cifra de la barbarie mercantil que invade el mundo editorial.

La siguiente sección es el diario de actividades de un editor en una “Feria del libro en París” (Salón del libro).

La quinta sección es la trinchera de combate del editor independiente, desde donde lanza sus argumentos y críticas contra el demoledor avance de los grandes consorcios editoriales que engullen a las pequeñas editoriales independientes, las cuales acaban así perdiendo su independencia por obedecer políticas mercantiles que sólo buscan la maximización de la ganancia. Pero más allá de este peligro Herralde confía en el mañana; mañana que será preparado precisamente por la resistencia y la imaginación de la edición independiente y alternativa actual, de la que su editorial es puntal en el mundo de habla española.

En la última sección los textos son elocuciones de Herralde para agradecer los homenajes recibidos por su labor editorial, así como para conocer su punto de vista sobre la edición independiente, la cual ofrece una específica marca editorial orientada hacia la creación, jamás a la enajenación, de los lectores.

Después de este recorrido por el vivir y el sentir de un editor respecto al mundo editorial, nos queda la imagen de un editor que pertenece a la estirpe de los gigantes de la edición como Cristóbal Plantino, Aldo Manuzio y su admirado maestro, Giulio Einaudi. Ese es Jorge Herralde, uno de los últimos mohicanos de la edición independiente.

